

DISCURSO DEL SR. JAIME TORRES BODET,

*Director General de la Unesco, pronunciado en la sesión
inaugural de la Conferencia Internacional de las
Universidades*

Niza, 4 de diciembre de 1950

Permitidme, ante todo, que os exprese mi agradecimiento por haber respondido—y en tan gran número— a la invitación de la Oficina Internacional de las Universidades. En efecto, si no ha habido alteración en las cifras que la Oficina me procuró, 50 países y 188 establecimientos de enseñanza superior se hallan representados aquí. Semejante solicitud es particularmente alentadora para quien trata de organizar la colaboración internacional en la esfera de los estudios más elevados. Porque esa, en rigor, es la finalidad de vuestra Asamblea.

En Utrecht, en agosto de 1948, delegados por las Universidades de 32 países, formulasteis votos que realiza, en parte, esta Conferencia. Pero no os limitasteis entonces a formular esos votos. Os interrogasteis también, largamente, sobre la misión de la Universidad, a la cual consagráis vuestro tiempo, vuestro talento, vuestro saber. Nadie como vosotros puede apreciar las modificaciones que el mundo ha experimentado desde la fundación de las ilustres Escuelas que aquí os envían. ¿No sois vosotros, acaso, los encargados de enumerar esas modificaciones, de comprenderlas y, más que nada, de interpretarlas? No ignoráis los esfuerzos constantes y meritorios que han realizado—y

que siguen realizando—las Universidades a fin de responder a los cambios del mundo merced a una adaptación coherente de sus tareas. Esa adaptación de vuestros empeños a las necesidades de nuestra época es, precisamente, lo que aquí os congrega. La Unesco no ha permanecido indiferente ante un problema tan apremiante. Y mi deber, en este discurso, es el de enfocarlo con nitidez.

La misión tradicional de las Universidades consiste en conservar la suma de los conocimientos humanos, y, al mismo tiempo, en acrecentarla y en difundirla. Tienen asignada vuestras Instituciones, por consiguiente, una triple labor: preservación, descubrimiento, enseñanza. Lo que distingue al profesor universitario no es tanto el hecho de que enseña una ciencia, cuanto el hecho de que contribuye a elaborarla. No la recibe perfecta, de manos de los que saben, para iniciar en ella a los que no saben. Trabaja, por cuenta propia, a fin de acrecer la sabiduría que comparte con sus discípulos y, lo que es más, asocia a éstos en la aplicación de los métodos que contienen, en germen, el porvenir. A este respecto, para una ciencia en evolución, un método bien probado tiene ya el valor de un resultado magnífico.

¿Cómo no ponderar la gravedad de vuestras responsabilidades? Cada una implica un deber difícil, que a cada instante requiere tesoros de reflexión y de voluntad. Ese deber, a vosotros, no os amedrenta. Tenéis el propósito de cumplirlo, con la seriedad concienzuda que es vuestro orgullo. De ahí que os preguntéis, por momentos, si conviene desdeñar en vuestras labores lo que no las afecta directamente, y si debéis apartaros de un mundo hostil para consagraros, con indiferencia soberbia, a vuestras tareas tan límpidas y tan puras.

Tal es la pregunta que muchos se hacen ante las transformaciones, morales y materiales, provocadas en la sociedad contemporánea por esos mismos progresos técnicos y científicos, de los que sois los responsables—y no siempre los responsables. Por todas partes, la situación incita a los educadores urgentemente—y aún a aquellos que son, como sois vosotros, y más a aquellos que son, como sois vosotros, educadores—a interrogarse acerca de la dirección en que deberían orientar sus esfuerzos para el futuro. No son pocos, por cierto, los que temen encontrarse algún día ante la evidencia de que su buena voluntad y su afán no sirvieron, después de todo, sino para extraviar a la juventud. La enseñanza aparece, así, indiscutiblemente ligada a la política, entendido el término en su sentido más general y más noble; es decir: como filosofía y como arte de la vida del hombre en la sociedad.

Advertidos del peligro que apunto, no os engañáis con la idea de que basten, para alejarlo, ni la conciencia profesional, ni la certeza interior del deber cumplido. Ninguno de vosotros piensa, sin duda, que su oficio estriba exclusivamente en suministrar a una clientela los conocimientos capaces de asegurarle—en condiciones más o menos precarias—la subsistencia. Sois, por fortuna, maestros de un aprendizaje más hermoso. Por eso no habéis ceñido vuestro Orden del Día al examen de las cuestiones pendientes, ni siquiera al estudio de la administración del saber humano, del cual corresponde ocuparse, por modo inmediato a una Asamblea como la vuestra. Por eso habéis previsto un debate sobre un gran tema: la función de la Universidad en el mundo actual. Por eso quisisteis que diversas personalidades eminentes introdujeran la discusión. Y por eso estoy persuadido de que, siguiendo su ejemplo, osaréis abordar el problema con la intrepidez constructiva que exigen las circunstancias.

Antes de hablaros de lo que estimáis esencial, evocaré rápidamente los arreglos que es dable esperar, en primer lugar, de una Asociación Internacional de Universidades. Os habéis reunido para considerarlos en su conjunto. Y tenéis derecho a esperar de la Unesco toda la ayuda que a este respecto pueda otorgaros.

Tales arreglos dependen, ante todo, de vuestra competencia. Ya se trate del acopio de la documentación relativa a la enseñanza de las diferentes disciplinas, ya de los problemas—tan delicados a veces—de la equivalencia de grados académicos, ya de las estadísticas, con frecuencia inexistentes, o poco menos, en todo lo que atañe a la enseñanza superior, ya de la organización de los intercambios de profesores y de becarios, nada, en todo ello, podrá suscitar polémicas vehementes. Precisa tan sólo desarrollar lo que está iniciado e iniciar lo que todavía no se ha emprendido.

Nadie niega, tampoco, que ciertas necesidades de la ciencia requieren, para ser satisfechas, que la investigación se efectúe en un plano internacional. El alto costo de las instalaciones, el compromiso de recurrir a un personal en extremo especializado, y por consiguiente poco abundante, la índole misma de las encuestas perseguidas, la obligación de confrontar observaciones registradas en puntos múltiples del planeta, todo aconseja, igualmente, la creación de instituciones y de laboratorios concebidos a la escala mundial y destinados a prestar servicios insustituibles para el progreso de disciplinas como la astronomía, la meteorología, la cartografía, la oceanografía o la geofísica. Persuadido de esta verdad, el Consejo Económico y Social recomendó que se diese prioridad a la fundación de un Centro internacional de Cálculo, de un Instituto internacional del Cerebro y de un Instituto internacional de Ciencias Sociales. Se ha contemplado, así-

mismo, la creación de numerosos centros, llamados a responder a necesidades análogas en otros campos de la ciencia.

Dentro de estas perspectivas, sobre todo en el orden regional, la Unesco cuenta en su haber con algunas realizaciones. Al crear Centros regionales de cooperación científica en Montevideo para la América latina, en Changai y en Manila para el Asia oriental, en Nueva Delhi para el Asia meridional, en El Cairo y en Estambul para el Próximo Oriente; al prever la fundación de un nuevo Centro en Indonesia; al conceder su apoyo moral y material a toda clase de reuniones o de publicaciones internacionales de carácter científico, la Unesco ha demostrado que no se la solicita en vano cuando se trata de favorecer el encuentro, en la sala de un congreso o en el sumario de una revista, de sabios y profesores venidos de las comarcas más remotas y surgidos de las culturas menos afines.

En el sentido que indico, nuestros esfuerzos coinciden con los vuestros. Y esta Conferencia ha de ser, no lo dudo, el punto de partida de una colaboración práctica y provechosa.

Los progresos de la técnica y de la ciencia, la multiplicación de los centros de investigación y de enseñanza—es decir, señores, el número creciente y la dispersión geográfica de las Universidades a las que representáis—, exigen, por otra parte, esa colaboración. Pero, ¿habéis de limitaros a innovaciones y mejoras de este linaje? Las transformaciones del mundo, que reducen la dimensión del universo en el momento mismo en que aceleran el ritmo de la historia, contraen simultáneamente el tiempo y el espacio. Pero vuestra ambición es mayor aún. Frente a las exigencias de la situación, os negáis a ser testigos desconcertados o dóciles servidores. Al favorecer las transformaciones de

que hablo, y al darles, merced a vuestro talento, mayor impulso, no queréis exponeros a sufrirlas pasivamente.

Los valores intelectuales de que os sentís depositarios son como seres vivos: sólo se conservan ejercitándose; si no, se frustran y se anquilosan. Por respetable que sea, el cuidado con que los protegéis ha de ir acompañado de la voluntad de defenderlos, afirmándolos, propagándolos, y del celo de acrecentarlos, cultivándolos sin cesar. Si os dierais por satisfechos con conservarlos, los disminuiríais paulatinamente y los condenaríais a la inmovilidad; esto es, a la muerte misma. Porque la vida es acción.

Por eso sin reduciros a iniciativas de orden puramente administrativo, habéis instituido este gran debate sobre la misión de la Universidad en el mundo actual. Ignoro cuáles serán vuestras conclusiones; pero sean las que fueren, quiero deciros toda la satisfacción que me produce vuestra decisión de interrogaros sobre las razones profundas del malestar que experimentáis. Es sintomático que os consideréis en el deber de abordar las cuestiones más amenazadoras. Y que os parezca insuficiente, aunque necesario, crear organismos de centralización y coordinación.

Os felicito por vuestro valor. Porque, después de todo, podríais limitaros perfectamente a formar a otros investigadores y a otros profesionistas contentándoos con distribuir títulos y diplomas entre aquellos que a juicio vuestro lo merecieran. Las incertidumbres de nuestro tiempo no me impiden recordar cuán tentadora podría ser esa actitud de repliegue y de burocrático automatismo. No hace falta un gran esfuerzo de imaginación para representarse, hoy, a ciertos espíritus alarmados en sus prédicas sistemáticas de prudencia y desistimiento.

Pero lo que me pregunto es si en todas esas prédicas de prudencia no existe, en el fondo, un tremendo engaño. Es poco probable, en efecto, que los dogmatismos de toda índole permitan a las Universidades mantenerse como refugios estancos, a salvo de las mareas del exterior. E incluso en ese caso, ¿cómo no habrían de comprender las Universidades que también ellas tienen algo que decir, y que sus dirigentes darían muestra de insensatez si se desinteresaran de una evolución que, seguramente, no se desinteresará de ellos?

No pienso, por supuesto, en preconizar la menor confusión entre el campo de la universidad y el de la política militante. Es esencial que la Universidad permanezca tan apartada de la lucha de los partidos como de las consignas de las ideologías oficiales a fin de que mantenga celosamente su independencia y, también, su serenidad. Pero independencia no supone indiferencia, ni serenidad quiere decir ceguera. Una enseñanza imparcial, fundada en la objetividad científica más estricta, no está obligada a huir de la realidad, porque, si la ignorase o si informase de ella insuficientemente, ¿cómo podría preparar a los jóvenes que acuden a las aulas para afrontarla?

Decía, en amarga fórmula, Valéry, que los diplomas universitarios sólo atestiguan que el hombre que los obtuvo poseyó en cierta hora de su existencia, unos cuantos conocimientos especializados. El desarrollo científico ha hecho necesaria una extremada fragmentación de las disciplinas. Cada cual es instruido, ni siquiera en una ciencia, con exclusión de las demás, sino, dentro de una sola ciencia, en una fracción cada vez más restringida de sus dominios. Esta obligación de aislar al estudiante en un sector ínfimo del saber es, por hoy, garantía máxima de eficacia. Pero ¿no resulta inquietante que el progreso de la ciencia haya

de pagarse, ahora, con el renunciamiento casi total a una visión, panorámica y exhaustiva, de los datos fundamentales de la herencia cultural de la humanidad? La ciencia que puede adquirirse en el espacio de una vida corresponde, hoy, a un sector cada vez más reducido del saber. Los estudios a que el sabio se circunscribe le obligan a dejar de informarse acerca de una parte cada vez más extensa de la realidad; de suerte que, en numerosos terrenos, de los que apenas hay quien no posea por lo menos algún conocimiento empírico, el sabio se presenta como torpe y cándido a los ojos de los demás.

De igual modo, los jóvenes que salen de la Universidad provistos de prestigiosos pergaminos se hallan en posesión de conocimientos extraordinariamente sutiles y elaborados, que exigen una larga y meticulosa iniciación, un vocabulario arduo, nociones nada habituales, hasta el punto de que, obtenidos como productos de análisis sumamente abstractos, tales conocimientos parecen en ocasiones, ir contra el sentido común.

La distancia que separa al conocimiento científico del conocimiento vulgar se hace más grande a cada momento. El sabio describe cada vez menos el nivel de realidad en que vivimos. Para dar cuenta de lo que observa, tiene que inventar vocablos y conceptos inéditos; llega a las estructuras íntimas de la materia con ayuda de instrumentos perfeccionados que le procuran informes faltos de todo nexo con los datos de los sentidos. El iniciado se halla incomunicado con respecto al mundo vulgar por la poca extensión y, a la vez, por la profundidad de su saber.

¿Qué ocurre a esos adolescentes, cuando dejan los anfiteatros ufanos de los títulos expedidos para recomendar estudios tan especiales? ¿Están suficientemente

informados de los problemas que plantean, hoy, las condiciones de la vida colectiva, problemas cuyas consecuencias repercuten en todos los dominios y que rebasan, ineludiblemente, el angosto marco de su especialidad?

¿Se les advirtió siquiera de las responsabilidades inherentes a la ventaja de poseer una cultura y una técnica superiores? ¿Saben que tienen deberes? ¿Poseen el medio de cumplirlos? . . . Se les abandona, en la alta mar de la existencia, con un puñado de conocimientos y con un título. El título les sirve, a veces, para obtener un empleo y los conocimientos hacen de ellos expertos de horizontes muy limitados. ¿Qué se intentó, en suma, por mejorarles en su calidad entrañable y definitiva, en su condición esencial de hombres?

¿Y qué decir de esa masa creciente de autodidactos que viven al margen de las Universidades, tributaria oscura de su saber? Conocemos algunos, admirables por cierto, en quienes la avidez de aprender no ha corrompido el sentido crítico, ni alterado el equilibrio interior. Pero ¿cuántos otros no adquieren sino una ciencia insegura y, tras de desplegar un esfuerzo inmenso, obtienen el título codiciado, cuando no caen, desalentados, en la muchedumbre de esos semi-cultos y semi-doctos, cuya insuficiencia no disfraza ningún certificado universitario? Con ellos se pierden multitud de aptitudes y de talentos. Por falta de un desarrollo normal y armónico, por falta de dirección, esos autodidactos yerguen a menudo contra la sociedad, que los descuidó, las fuerzas intelectuales y morales de que disponen. Convendría que las Universidades pudiesen acoger muchas de esas aspiraciones, tan legítimas y tan insatisfechas.

Toco aquí un problema agudo: el de la enseñanza superior para aquellos que, no obstante estar bien

dotados, se ven obligados prematuramente a ganarse la vida, o residen lejos de los centros universitarios. En el fondo está el problema de la formación, de la renovación y de la circulación de las minorías, y más aún el problema de la rapidez relativa de la circulación de las minorías fuera de todo prejuicio de casta y clase.

Contrariamente a lo que había podido pensarse, el gran público que representa al autodidacto anónimo y colectivo, no siempre ha sido liberado por la ciencia de sus cambiantes supersticiones. Ha encontrado en ella al contrario, nueva materia de credulidad. El peligro no es nuevo. Paul Bourget lo señalaba ya a propósito de una novela del siglo pasado, al definir "*Bouvard y Pécuchet*" como una "bufonada filosófica en la que Flaubert analiza, como al microscopio, los estragos producidos por la ciencia en ciertas cabezas a las que nadie preparó para recibir la ducha formidable de todas las nuevas ideas". Y añade: "Problema importante si lo hubo, puesto que de su solución depende el porvenir mismo de lo que estamos habituados a considerar como la obra de los siglos"

No aparece, desdichadamente, que el problema haya encontrado solución. La ciencia ha favorecido algunas formas de superstición, tanto más peligrosas cuanto que parecen apoyarse en ella, y, para justificar sus estragos, utilizan el crédito del saber.

A veces me siento aterrado ante los progresos contemporáneos de la credulidad. Basta que un charlatán tome el vocabulario de la ciencia para persuadir a un vasto público de las virtudes maravillosas del remedio o del aparato con los que comercia. Hay, señaladamente, en el habitante de las grandes ciudades, incluso culto, una aptitud absolutamente alarmante para respetar las más quiméricas patrañas, a poco que se presenten con un antifaz científico.

El dilema en que se pretende encerrar a la enseñanza universitaria —cultura general, necesariamente vaga y superficial, o especialización excesiva pero eficaz— ¿encontrará una solución viable que evite, para ambos extremos, la inadaptación? La iniciación en cada disciplina, desde las matemáticas hasta las ciencias humanas, debe ir acompañada de una enseñanza metodológica, ampliamente comprensiva, que subraye la unidad del espíritu científico a través de sus numerosas aplicaciones, que acostumbre a las inteligencias a recordar continuamente sus preceptos esenciales: ausencia de prevención, crítica, objetividad, imparcialidad, impetuosidad en la concepción de las hipótesis y extrema pruden- cia en la ejecución de las experiencias y en el establecimiento de los resultados.

No hay ciencia cuya familiaridad no proporcione ocasiones para el desarrollo de esa indispensable gimnasia del espíritu, hacia la cual convendría que las Universidades derivasen la enseñanza de las ciencias, a fin de contrapesar las desventajas de la especialización.

Pero no han de esperarse beneficios puramente intelectuales. Los principios del razonamiento científico, y más sinceramente los de toda investigación sincera, constituyen la moral o, por lo menos, la higiene de la inteligencia. Esta, al acatarlos, aprende a conocer el valor de la verdad, por las dificultades con que tropieza para descubrirla y establecerla. Aprende, asimismo, a conocer el valor de la libertad, por que se da cuenta de que de nada nos serviría conocer la verdad si nos hallásemos forzados a profesar la mentira. Por último, aprende a respetar al prójimo, lo cual no sólo es la condición de la libertad intelectual, sino de la libertad humana.

De ahí que el valor de la ciencia sea independiente de éste o aquél de sus resultados. La mala fe puede ma-

nipular esos resultados en un sentido o en otro. Incluso puede hacerlos servir en apoyo de la injusticia y de la tiranía. La voluntad de dominio puede ponerlos al servicio de la guerra y de la muerte. No ocurre lo propio con el espíritu científico, que, por su categoría misma, implica y difunde el ejercicio de las virtudes de objetividad, de independencia y de tolerancia. Si la ciencia necesita especialmente de ellas para desarrollarse, no por eso dejan de tener tales virtudes aplicaciones que van mucho más allá del campo científico. Cuentan, incluso, entre las virtudes cívicas primordiales. Constituyen, por sí solas, temibles obstáculos a las tentativas de opresión. Es excelente, por tanto, que la tentativa universitaria las desarrolle. Pero esas virtudes —enteramente negativas, enteramente defensivas— ¿son suficientes en las circunstancias actuales?

El mundo, hoy, no sólo reclama hombres objetivos independientes y tolerantes. Exige más. Quiere espíritus que se desinteresen y que se desvíen con indiferencia, a veces con desdén, de las dificultades entre las cuales se debate la humanidad.

Ahora bien, las cualidades mismas de la enseñanza dada en las Universidades corren peligro de alejar intelectual y moralmente a los jóvenes del examen de estos problemas. Intelectualmente, la enseñanza a que aludo no los prepara siempre para afrontarlos. Moralmente, los estudiantes, al ver que se mantienen esas cuestiones al margen de los programas, se acostumbran a estimarlas indignas de su atención, consideran natural eludir toda responsabilidad de los asuntos públicos, dejan a otros el cuidado de ocuparse de ellas, como si se tratase de tareas inferiores, incompatibles con la pureza de la ciencia, o bien van a buscar a otras fuentes informaciones que no son ni críticas ni científicas. Evidentemente, los hombres de gobierno han

frecuentado, en general, las Universidades. Pero, entre el considerable número de los que salen de ellas, año tras año, ¿cuántos no ignoran, deliberadamente, año la cultura impone un deber sagrado? Se ha hablado mucho, en un sentido por completo diferente de la "traición de los doctos". ¿No procedería más bien hablar de una abdicación de los doctos?

Señores: he aquí tal vez el mayor de los males a que podríais, por vuestra parte, poner remedio. Lo que conviene es, sobre todo, un cambio de espíritu. Que las Universidades formen eruditos y especialistas, nada mejor. Pero que no los confinen en su especialidad, hasta el punto de que los desarmen frente a los problemas generales que plantean un universo que empieza apenas a organizarse materialmente y una multitud que, en el sufrimiento espera, ansiosa, que el siglo XX dé aplicación a esa Carta de los Derechos del Hombre, adoptada por la Asamblea de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948. Urge que la Universidad informe de los problemas del mundo a los estudiantes, en lugar de invitarles, con el ejemplo de su reserva, a desconocer la importancia de esos problemas y a desdeñarlos. Las Universidades no deben procurar solamente ornato a las memorias y ejercicio a las inteligencias. Deben también persuadir a cada uno de sus hijos de que, por el solo hecho de ser un privilegiado de la cultura, ha contraído responsabilidades particulares en el civismo internacional y en el nacional.

Las Universidades no pueden ser museos del pensamiento. Las investigaciones, las exploraciones y las encuestas, las fichas de las bibliotecas y de los eruditos, están destinadas, sin duda, al progreso de las ciencias, pero, también, al progreso del hombre y de la sociedad. El hombre del siglo XX, al que importa salvar

de la dispersión presente, el que busca su unidad y su vida a través de las mortales desuniones de nuestra época, ese tipo de hombre por formar debería ser el punto en que convergieran los trabajos de todos los especialistas de las Facultades y de los Institutos. Cada ciencia tiene, desde luego, su objeto, sus métodos peculiares. Nada más peligroso que su confusión, como no sea, acaso, su aislamiento. Por vocación única, las Universidades están llamadas a salvaguardar la unidad del espíritu humano, que es el principio de toda unidad, individual y social.

Sabemos que, en biología, lo que asegura la integración de toda la estructura y la armonía del funcionamiento orgánico es el nivel superior. En el cuerpo docente, diría yo de buena gana que la Universidad debe desempeñar un papel análogo, de energía consciente. Incluso iría más lejos, y postularía que, de igual suerte que se ha definido a la Unesco como conciencia de las Naciones Unidas, la Universidad debería ser la conciencia de la Unesco.

En el curso de su historia, al mismo tiempo que ayudaba al sostenimiento y al desarrollo de los valores humanos, la Universidad ha favorecido la comprensión recíproca de los pueblos y el conocimiento de sus respectivas contribuciones al tesoro común de la civilización. Es preciso que siga uniendo hoy las formas activas a las formas pasivas de la simpatía. Es preciso que sea una verdadera escuela de solidaridad.

En el campo de la ayuda técnica, la Unesco ha asumido una empresa de largo aliento, para cuyo éxito necesita de la colaboración de todas las Universidades. Veinticuatro países, hasta la fecha, se han dirigido a la Unesco para obtener misiones de especialistas, capaces de aconsejarles en el establecimiento o en la realización de proyectos que interesan a la educación funda-

mental, a la organización de la investigación científica y a la tecnología. A partir del mes de octubre hemos empezado a poner en ejecución doce proyectos de este género. Un grupo de sabios ha salido camino de este India, con objeto de ayudar al país a desarrollar su agricultura y su industria, mientras que siete expertos se incorporaban a los laboratorios nacionales de física y de química. Tenemos asimismo que satisfacer otras peticiones procedentes del Líbano, de Liberia, de Libia, del Pakistán, de Persia, y de diferentes países de Sudamérica.

Es probable que el número de esas peticiones vaya en aumento. Por eso urge que las Universidades tomen medidas que nos permitan hacer frente a semejantes llamados. No hay bastantes expertos que podamos enviar a las diferentes comarcas que los reclaman. Importa, pues, que las Universidades no opongan obstáculo a un trabajo temporal de sus profesores para provecho de aquellos pueblos que, momentáneamente, tienen necesidad de su competencia. Importa, asimismo, que abran sus aulas y sus laboratorios a los becarios de los países insuficientemente desarrollados. Importa, por último, que creen cursos consagrados a constituir una reserva de expertos y especialistas que puedan ir a ayudar a sus colegas lejanos a colmar un atraso que daña el mundo.

El sentido de responsabilidad y el espíritu de solidaridad no son simples conceptos exteriores, temas para discursos, objetos de respeto o de adhesión teóricos. Ni siquiera constituyen materia de enseñanza. Solamente la práctica persuade a los corazones de que el hombre no merece llamarse hombre sino cuando cobra conciencia de sus deberes para con los demás y cuando se compromete, ante sí mismo, a cumplir con esos deberes. Señores, la práctica de la solidaridad humana

a que la Unesco os invita contribuirá a dar a vuestros discípulos la amplitud de miras, la flexibilidad en la aplicación de los métodos, el contacto con lo real, el gusto y el medio de señorearlo; todas aquellas cualidades, en fin, sin las cuales el mejor estudiante, a pesar de la ciencia, correría el peligro de no ser, en el sector mayor de su actividad, sino un personaje incoloro, tímido y vano.

Abrigo la certidumbre de que, al examinar el conjunto de los problemas que váis a discutir, pensaréis en las obligaciones que crea, para cada uno de nosotros, la necesidad de una cooperación internacional tan viva como fecunda. Esto no será desviaros, en modo alguno, de la esencia misma de vuestra vocación. Al contrario, el camino de la solidaridad que siempre seguisteis, os permitirá mostraros fieles a vuestra alta misión, con la amplitud, la generosidad y la eficacia que, por su misma severidad, las circunstancias requieren intensamente.

Animado de este espíritu, señores, os doy, en nombre de la Unesco, la más cálida bienvenida, y elevo los votos más henchidos de esperanza por el éxito de vuestras deliberaciones.